

www.elboomeran.com

BOECIO

CONSUELO DE
LA FILOSOFÍA

TRADUCCIÓN DEL LATÍN
DE EDUARDO GIL BERA

BARCELONA 2020  ACANTILADO

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *De consolatione philosophiæ*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la traducción, 2020 by Eduardo Gil Bera

© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:

Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, La Filosofía instruye a Boecio sobre el papel de Dios (c. 1460-1470), del maestro de Coëtivy

ISBN: 978-84-17902-20-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 24 755-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernació*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LIBRO PRIMERO

7

LIBRO SEGUNDO

35

LIBRO TERCERO

69

LIBRO CUARTO

121

LIBRO QUINTO

165

LIBRO PRIMERO

I

—Yo que siempre canté a la alegría, hoy entono estas tristes cadencias. Me dictan estas palabras las desgarradas musas y el llanto baña mi rostro mientras escribo. Al menos ningún terror pudo vencerlas e impedirles hacer conmigo este camino. Ellas, adorno de mi risueña juventud, alivian ahora mi lúgubre vejez. Ya se acerca súbita la decrepitud, y sus dolores anuncian que ha llegado. Prematuras nieves cubren mis cabellos y mi agotada piel marchita se ha rendido. Dichosos aquellos de quien la muerte se olvida en los años dulces, y en los sombríos aparece presta cuando la llaman. ¡Ay, cómo hace oídos sordos a los miserables, negándose, cruel, a cerrar sus afligidos ojos! Cuando con vanos bienes me favorecía la fortuna, bastaba una hora triste para creer que naufragaba; ahora que me descubre su engañoso rostro, la vida odiosa prolonga su demora ingrata. ¿Por qué os jactasteis tantas veces de mi suerte, amigos? ¡Ah, no era firme el paso de quien de este modo cae!

Estas palabras repetía en silencio, y mientras confiaba a la pluma mis lamentaciones vi aparecer, por encima de mi cabeza, a una mujer de aspecto venerable: tenía los ojos ardientes y una mirada más penetrante que la del común de los mortales, la tez joven pese a tener tantos siglos que era imposible que fuera de nuestra época. Su estatura era difícil de precisar, porque ora parecía tener la medida de los seres humanos, ora tocar el cielo, y cuando alzaba la cabeza se perdía de vista, fuera del alcance de la mirada humana. Sus ropas estaban hechas de hilos finísimos de un material indestructible y confeccionadas con un sutil arte que, como supe luego por ella misma, era el producto de sus propias manos; en cuanto a su color, como los retratos de los ancestros cubiertos de pátina, parecía oscurecido por un velo de abandono y vejez. En la cenefa que adornaba el borde inferior de su atuendo podía leerse la letra griega Π, y en la superior la Θ;¹ entre ambas letras había una especie de peldaños que ascendían del signo inferior al superior. No

¹ La primera es inicial de *praxis* ('práctica'), la segunda, de *theoria* ('teoría'), que para los antiguos significaba «plena comprensión contemplativa». (*Todas las notas son del traductor*).

obstante, manos violentas habían desgarrado el vestido y arrancado varios trozos. Por último, en la mano derecha sostenía unos libros y en la izquierda, un cetro.

Cuando vio a las Musas de la poesía en torno a mi lecho dictando palabras para mis lamentaciones, por un momento pareció irritada y, lanzándose una mirada fulminante, preguntó:

—¿Quién ha permitido que se acerquen a un enfermo estas cortesanas del teatro, cuyos dolores no sólo no remedian, sino que agudizan con sus dulces venenos? Ellas son las que clavan las estériles espinas de las emociones para matar la fructífera cosecha de la razón, y lejos de liberar la mente humana de la enfermedad, la habitúan a ella. Si sedujerais con vuestras adulaciones a cualquier ignorante, puesto que frecuentáis los ambientes vulgares, me molestaría menos, porque mi tarea apenas se vería menoscabada, pero ¿seducir a quien se ha nutrido de los estudios de los eléatas y los pitagóricos? ¡Largo de aquí, sirenas de mortífera dulzura, y dejad que mis propias Musas lo cuiden y lo sanen!

El coro así increpado miró al suelo—el rubor traicionaba su vergüenza—y abandonó cabizbajo la estancia. Yo, por mi parte, con los ojos llenos

de lágrimas, sin distinguir quién podía ser aquella mujer de tan imperiosa autoridad, estaba tan atónito que clavé la mirada al suelo esperando en silencio qué haría ella. Entonces se acercó a los pies de mi modesta cama y, viéndome cariacontecido y cabizbajo, lamentó mi confusión mental:

—¡Cómo naufraga la mente al caer en las profundidades del estupor! Olvidada de sus propias luces busca a tientas en las tinieblas del mundo exterior, mientras los vientos terrestres alientan su angustia funesta. Sin embargo, este hombre un día fue libre: observaba en la cúpula celeste la trayectoria de los cuerpos etéreos, contemplaba la rosada luz solar o las fases de la luna gélida, y había logrado comprender las relaciones numéricas que permiten establecer los erráticos recorridos de los astros. Llegó a comprender incluso todas las causas: de dónde proceden los vientos rumorosos que agitan las superficies marinas, qué espíritu gobierna el mundo, por qué los astros que se hunden en las Hespérides resurgen rutilantes por Oriente, qué ley atempera las plácidas horas primaverales para cubrir la tierra de coloridas flores, por qué cuando concluye el año el fértil otoño muestra su exuberancia en los jugosos frutos de la vid... Pero este hombre que es-

tudiaba y exponía las diversas causas ocultas de la naturaleza yace ahora postrado: se han apagado las luces de su entendimiento y las pesadas cadenas que cuelgan de su cuello lo obligan a bajar la cabeza y a no ver otra cosa que la burda tierra.

II

—Pero—añadió de inmediato—no es hora de lamentar, sino de poner remedio. —Y observándome con su penetrante mirada, preguntó—: ¿No te nutriste un día de mi leche, no creciste gracias a mis cuidados hasta convertirte en un vigoroso adulto? Si no hubieras rechazado las armas que te proporcioné habrías podido defenderte y salir victorioso. ¿No me conoces? ¿Por qué no dices nada? ¿Te hace callar el pudor o el estupor? Preferiría que fuera el pudor, pero diría que te refrena el estupor.

Cuando se dio cuenta de que yo no sólo permanecía en silencio, sino que era incapaz de articular palabra, como si me hubiera quedado mudo, posó suavemente una mano en mi pecho y dijo:

—Este paciente no tiene nada serio, tan sólo sufre letargo, la enfermedad de todos los desengañados. Ha olvidado quién es por un momen-

to. En cuanto me reconozca recobrará enseguida la cordura. Para que pueda hacerlo, voy a enjuagar un poco sus ojos cegados por el velo de las cosas terrenales.

Así habló, y secó mis ojos llenos de lágrimas con un pliegue de su túnica.

III

Entonces, disipada la noche, salí de las tinieblas y recuperé la visión. Del mismo modo que cuando las nubes acumuladas por el viento de poniente cubren la bóveda celeste ocultando el sol se hace de noche sobre la tierra—antes incluso de que aparezca en el horizonte la estrella vespertina—, así se había cernido la noche sobre mí. No obstante, la neblina de mi tristeza se disipó como cuando reaparece súbitamente el sol hiriendo con sus dardos de luz los ojos de quienes lo admiran y liberando el día en cuanto sopla el viento del norte surgido de sus antros en Tracia. Y así, al volver a contemplar la luz del cielo, recuperé mi entendimiento y pude reconocer el rostro de quien me curaba. Al alzar los ojos la contemplé y reconocí a mi nodriza, cuyo hogar yo había frecuentado desde la adolescencia: la filosofía.

—¿Cómo es posible que tú, maestra de todas las virtudes—le pregunté—, hayas descendido de las alturas celestes para venir a visitarme en la soledad de mi exilio? ¿Acaso para compartir conmigo las falsas acusaciones que me persiguen?

—¿Cómo podría abandonarte, alumno mío—replicó ella—, sin compartir tu suerte y ayudarte a soportar la carga que llevas a causa de la envidia de mi nombre? Sería un sacrilegio que la filosofía dejara solo en su camino al inocente. ¿Acaso debo temer yo las falsas acusaciones o espantarme como si no supiera que existen? ¿Crees que es la primera vez que la mezquina maldad desafía a la sabiduría? ¿Cuántas veces no tuve que combatir, ya antes de los tiempos de nuestro querido Platón, la temeraria ignorancia? Incluso cuando vivía Platón, ¿no salió victorioso su maestro Sócrates, gracias a mi asistencia, de la muerte injusta que le impusieron? Después, las hordas de epicúreos, estoicos y demás escuelas que los sucedieron, al tratar de apoderarse de la herencia de Sócrates, me convirtieron en su botín, y pese a mis protestas y mi resistencia destrozaron el vestido que había hecho con mis manos: arrancaron unos cuantos trozos

y se marcharon convencidos de que estaban en poder de la filosofía entera. Esos jirones de mi ropaje hicieron suponer que aquellos hombres eran mis familiares y confundieron a multitud de profanos.

»Aunque no hayas oído hablar del exilio de Anaxágoras, ni de la cicuta de Sócrates, ni de los tormentos de Zenón, ya que fueron extranjeros, conocerás las figuras de Canio, Séneca y Sorano, cuya memoria no es tan antigua ni desconocida. El origen de todas sus desgracias fue que, al estar formados en mis doctrinas, sus actos ponían en evidencia a los malvados. No te sorprenda que en el mar de la vida te sacudan fuertes tempestades, pues nuestro destino supremo es disgustar a los peores, que pese a ser legión merecen nuestro desprecio, porque ningún guía los dirige: están a merced del error y el delirio, que los arrastra al azar. Si alguna vez cierran filas y cargan contra nosotros con más fuerza, aquella que nos guía repliega a sus tropas en la ciudadela, y el botín que les queda a ellos es insignificante. Desde lo alto de las murallas, a salvo de la turba enfebrecida, protegidos por una defensa contra la que nada pueden los ataques de la estupidez, reímos al verlos rapiñar despojos.

IV

—Quien posee serenidad y lleva una vida ordenada vence al destino soberbio y logra observar impasible tanto la buena como la mala fortuna. No lo alterarán ni la furia del oleaje en un mar embravecido, ni los impredecibles estallidos de la caldera del Vesubio cuando escupe fuego y humo, ni el rayo que hiera las más elevadas torres. ¿Por qué permanecen impotentes los miserables hombres ante tiranos que lanzan feroces bramidos aunque carezcan de fuerza real? No esperes ni temas nada y desarmarás la cólera. Pero si el miedo o el deseo te estremecen dejarás de ser dueño de ti, habrás perdido tu equilibrio y arrojado tu escudo; y al rendirte habrás atado a tu cuello la cadena de la que te arrastrarán. —Y tras decir esto, me preguntó—: ¿Entiendes lo que te digo? ¿Han calado en tu espíritu estas palabras, o te han sonado como las notas de la lira a un asno?¹ ¿Por qué sigues llorando, qué te aflige? Habla, no me lo ocultes.² Si quieres

¹ En griego clásico en el original: «ὄνος λύρας», proverbio clásico y título de una sátira menipea de Varrón, género que practica Boecio en el *Consuelo*.

² En griego clásico en el original: «Ἐξάυδα μὴ κεῦθε νόω»,

que te ayude, tendrás que mostrarme tu herida.

Entonces, haciendo acopio de todas mis fuerzas, exclamé:

—¿No es evidente que la aciaga fortuna se encarniza conmigo? ¿No te sobrecoge ni siquiera el aspecto de este lugar? ¿Acaso dispongo aquí de la biblioteca que tenía en mi casa, que tú escogiste como el refugio más seguro y donde tantas veces me instruiste sobre los saberes divinos y humanos? ¿Tenía yo el mismo aspecto o la misma expresión cuando indagaba contigo los misterios de la naturaleza, cuando me señalabas la trayectoria de los astros y cuando moldeabas mi conducta y los principios que guiaban mi vida entera conforme al orden de las esferas celestes? ¿Es ésta la recompensa por mi fidelidad? Tú pusiste en boca de Platón la idea de que las repúblicas serían dichosas cuando las gobernarán filósofos, o cuando sus dirigentes se hubieran entregado al estudio de la filosofía. Y también por medio de Platón nos enseñaste que los filósofos debían intervenir en la política para evitar que tomaran las riendas de las ciudades los deshonestos y lle-

palabras de Tetis a su hijo Aquiles, *Iliada*, canto 1, vv. 362-363.

varan a los honrados a la ruina. De modo que, siguiendo tus autorizadas exhortaciones, decidí poner en práctica en la administración pública lo que aprendí de ti en mis horas de retiro. Tú y Dios, que te introdujo en la mente de los sabios, sabéis que no me llevó a la magistratura más que el interés por el bien común de los ciudadanos virtuosos. Ello me causó discrepancias profundas e irremediables con mis conciudadanos deshonestos, a quienes siempre he despreciado, pues me atuve a la defensa del derecho y la justicia sin tener en cuenta si ofendía a personas más poderosas.

»¡Cuántas veces me enfrenté a Conigasto¹ para evitar que se apropiara de los bienes de ciudadanos desamparados! ¡Cuántas veces impedí que Triguilla,² intendente de la casa real, cometiera alguna de las injusticias que tramaba o tuve que poner remedio a las que ya había perpetrado! ¡Cuántas veces arriesgué mi prestigio para proteger a los pobres desdichados de las intermina-

¹ *Conigastus*, en gótico *Kunigast*, alto cargo en la corte de Teodorico. Durante el reinado ostrogodo hubo fricciones entre godos y romanos; Boecio no se muestra favorable a ningún godo en el *Consuelo*.

² Se refiere a Triggua, chambelán de Teodorico.

bles calumnias que urdía la codicia de los bárbaros! Nadie logró jamás que me desviara de lo justo. Ver arruinados a los contribuyentes de las provincias a causa del pillaje privado y de los impuestos públicos me causaba tanto dolor como a ellos.

»En la época de la terrible hambruna, cuando se impuso a la provincia de Campania una dura e inexplicable requisa que parecía encaminada a su ruina, defendí la causa común contra el prefecto pretoriano, puse en conocimiento del rey el conflicto y evité que se efectuara la requisa. Salvé al antiguo cónsul Paulino de las fauces hambrientas de los perros palaciegos que tenían la esperanza y la ambición de devorar sus riquezas.¹ Para salvar a otro antiguo cónsul, Albino,² de una condena injusta tras un juicio amañado, me expuse al odio de su delator Cipriano.³ ¿No me he ganado suficientes enemigos? Puesto que en mi defensa de la justicia jamás temí perder el favor de los cortesanos, al menos debería haber encontrado más lealtades entre los otros. Sin embargo, ¿quiénes son los delatores que me han de-

¹ Cónsul en 498.

² Cónsul en 493.

³ Uno de los pocos romanos conocidos que sirvió al régimen ostrogodo e hizo que sus hijos aprendieran el gótico.

rrocado? Uno de ellos, Basilio, fue despedido de la casa real y las deudas lo llevaron a delatar mi nombre. Los otros dos fueron Opilión y Gaudencio: el rey los había desterrado a causa de innumerables fraudes, pero para evitar cumplir su condena se refugiaron en un santuario; cuando la noticia le llegó al rey, éste ordenó que si no salían de la ciudad de Rávena en el día establecido en el edicto los sacaran por la fuerza y marcaran sus frentes con hierro candente. ¿Qué escapatoria les quedaba a la severa disposición del rey? No obstante, aquel mismo día se admitió la delación de mi nombre por parte de semejantes denunciadores. ¿Merecían mis actos aquellas acusaciones, o es que a los denunciadores los había vuelto justos la condena que no estaban dispuestos a cumplir? ¿Es posible que a la fortuna no le avergonzara la inocencia del acusado ni la vileza de los acusadores?

»¿De qué me acusan, preguntas? De haber querido salvar al Senado. ¿Quieres saber cómo? Impidiendo que un delator presentara documentos para declarar al Senado reo de lesa majestad. ¿Y qué me aconsejas tú, maestra mía? ¿Qué niegue el crimen para que no te avergüences de mí? Sin embargo, siempre quise hacer lo que hice y